

LIMA LA HORRIBLE
SEBASTIÁN SALAZAR BONDY
EDICIONES ERA,
MÉXICO, 1964



114

Caminábamos con Sebastián —guía nervioso, tenso, infatigable, por las calles de Lima. Ibamos en busca de Arguedas a la Casa de la Cultura. «*Hace mucho que no vengo por aquí. Me cuesta entrar*» dijo de pronto con brusco movimiento de su cara de cholo, afilada como navaja, con ese gesto de arisca rebeldía que define su situación en la vida y en la realidad de su país. La antigua casa —la «casona» hubiera dicho Palma— había sido reconstruida en su arcaico sabor colonial: los muebles barrocos, los artesonados, las lámparas suntuosas, las lajas del patio y las columnas de pobretona alusión a fastos virreinales, las imágenes sacras del torpe, hermoso, arte limeño, los manteles bordados. Tenía su dulce gracia criolla. «¿Qué te molesta?» «¿Dónde está el indio? *Esta es la casa de los conquistadores, no es la casa de los peruanos. Se lo he dicho a Arguedas. ¿Cómo él, justamente él, puede soportar entrar aquí todos los días?* Yo sabía que Arguedas proyectaba un gran Museo del indio peruano. Se lo dije. «*Siempre separado, aislado, para que no contagie, ¿qué? Esta no es la casa de la cultura peruana. Esta cultura, la grande, la hicieron los indios. Esta es la mixtificación colonial.*»

Yo le había traído de México un ejemplar de su *Lima la horrible* que acaba de salir, temiendo que no le hubiera llegado (somos muchos en América los que nos esforzamos por difundir las colecciones de ERA contra la empecinada vocación indiferentista de la editorial) y esa fue mi lectura en el avión y en mis días limeños. Para mí también Lima era horrible, pero por otras circunstancias, no demasiado lejanas de las que motivan ese título que Sebastián ha sacado de un poema de César Moro. Por la atrocidad de una miseria que rodea, penetra, y estruja a la ciudad, estruja el corazón de quienes presencian, contrastado al esplendor de los portales barrocos, el hacinamiento de barriadas y más barriadas de casas de esteras, pobladas de los indios harapientos, hambrientos, derrotados, que mendigan sin cesar. Atro-

Casa de Las Américas, La Habana, no 27 (diciembre 1974), pp 114-117.

cidad suficiente como para que un día Ida y yo resolviéramos que no podíamos soportar más nuestro desayuno en la plaza central contemplados por el desfile de niños mendicantes y partiéramos. Podíamos hacerlo: Sebastián quedaba con ellos, entre ellos, viéndolos todos los días, mordiendo el freno de su rabia. De esa rabia, que corroe la envoltura mentirosa con que una sociedad escamotea la realidad, ha nacido este libro fulgurante (*Lima hizo a su autor e hizo su aflicción por ella*) que yo no puedo leer sin emoción muy íntima, porque se me vincula al rostro de Sebastián, a su soterrada ternura, a su pelea diaria, a las calles secas de Lima, a los retablos barrocos, a los convencionales balcones cerrados, a su sempiterno cielo nublado, al polvo, a la miseria, al lujo de una alta sociedad que traslada sin parar sus ricas casas alejándose siempre más de ese indio menesteroso que revuelve en los tarros de desperdicio y mira impávido, que está vinculado también al deslumbramiento de las telas de los paracas, de los vasos nazcas o mochicas, de la orfebrería antigua, de ese esplendor que en los museos nos permite recobrar la presencia, intensamente vital, jocunda, fresca, inventiva, de un pueblo que ha sido sometido pero no destruido porque es el de los *ayllu* que describió magistralmente José María Arguedas. Sin caer, como lo evita Sebastián, en la resurrección de otro mito, el del «*bon sauvage*» rousseauiano.

LIBROS

«Hace 427 años que Lima fue fundada. Mucho antes, sin embargo, en el lugar donde está emplazada, vivían esos hombres cuyos restos han sido desenterrados de los cementerios de Huallamarca o de Armatambo, a quienes muy pocos osan llamar limeños pues tal privilegio sólo se concede a los que nacieron en la ciudad dibujada un cálido día de enero por la espada de Francisco Pizarro.» Así comienza un libro destinado a destruir el mito —la Arcadia colonial— que los ideólogos de la sociedad burguesa establecieron con el fin de mantener los privilegios de su despótico poderío, la sumisión del indígena, contener los intentos de rebeldía del criollo. «A Lima le ha sido prodigada toda clase de elogios. Insoportables adjetivos de encomio han autorizado aun sus defectos, inventándosele así un reverberante abolengo que obceca la indiferencia con que tantas veces rehuyó la cita con el dramático país que fue incapaz de presidir con justicia.»

En un estilo disparado, que retuerce la frase, bordea el insulto, se contrae y disloca por la nerviosidad creadora, fulgurante, que lo ha parido, Salazar Bondy se dedica a la más sana, higiénica y urgente tarea americana: desmitificar. Lima devora al Perú imponiéndole una cosmovisión arcaizante, interesada y deformadora. Decenas de escritores mediocres —por encima de los cuales sobresale, sin poder lograr perdón, Ricardo Palma— han construido el mito de la felicidad colonial, de la placidez y el orden bienaventurado, de la gracia perricholesca, ese mundo virreinal cuya gastada cosmética todavía intenta remozar Jean Descola en reciente libro, y que en definitiva responde al propósito calculado de las Grandes Familias. «Imposible no advertir que son ellas las que han difundido con total ignorancia de la precedencia del buen Manrique, la patraña de que «cualquier tiempo pasado fue mejor», añadiendo a este relativamente prestigiado infundio el ápice de que, de todos los tiempos pasados, el del mando paternalista, el rango por la prosapia y la dependencia del extranjero fue más feliz que ningún otro. Dichas Grandes Familias no desconocen que social y económicamente aquella edad ya no es más, pues incrementan su opulencia y prosperan de acuerdo a la objetividad del presente. Temerosas, sin embargo, como han vivido siempre, de cualquier brote de descontento y violencia, han hecho

circular, gracias al escaso o nulo saber que sus instituciones pedagógicas han procurado a las mayorías, la metáfora idílica de la colonia y su influjo psicológico y moral. Sus piadosos cuadros de pintura cuzqueña, sus casas de estilo neocolonial de barroco mobiliario, sus emparentamientos endogámicos —sólo accidentalmente interrumpidos por una transformación de sangre inmigrante— sus legítimos o falsos escudos, sus pruritos de señorío bien servido, su hispanismo meramente tauromáquico y flamenco, su eminencia, en suma, chapada de memorias genealógicas, concreta en sus refinadas formas la mixtificación que con fines de lucro han definido como signo de un destino irrenunciable.»

Un libro jadeante, sacudido por el frenesí de la furia, aunque robustamente nutrido del conocimiento minucioso, puntual, de la historia socio-cultural de la ciudad, desde la fundación hasta nuestros días. Se diría que Sebastián no escribe un libro, sino que se desahoga: por momentos las frases se encabalgan en una pirotecnia que admite barroquismos accidentales, para luego remansarse, apenas si por un instante. Cruzan los temas con centelleante velocidad. Es el mito «criollista» que pretende, farisaicamente, escamotear la estratificación social del Perú a lo largo de siglos; es el mito de la propiedad privada en el sistema burgués que aporta el español, para destruir la propiedad comunal indígena; es el aparente azar que comanda la fundación absurda en un lugar absurdo, de una ciudad; es la falsa devoción que pacta gustosa con la voluptuosidad, pero sirve al sometimiento popular; es el mito de la «tapada», la bonita limeña que ha generado bibliotecas dulzarronas y procaces, y quien «no obstante la licenciosa fama, ha sido y continúa siendo el más sólido bastión del conservadorismo y la más terca columna, en consecuencia, del mito virreinal»; es el mito de la arquitectura colonial, que ha creado la lepra del «neo», y que a pesar de la deificación por los retóricos de la Arcadia «no fue sino un barato contrapeso a la uniformidad del marco geográfico y a la pobreza de fantasía urbanística de los conquistadores»; es la sátira mellada de una literatura que no se atreve a la crítica; son las ánimas de muertos que vuelven por dinero escondido; es la misma pintura cuzqueña que ve como instrumento de la mimesis extranjera a que se obligó al indígena, y su actual comercio decorativo. Y entreverados con éstos, cien temas más, que se disparan como tiros repentinos en medio de cualquier capitulillo, para que el panorama sea parejamente negro, y es ahí donde Sebastián se equivoca porque no quiere reconocer el manejo dialéctico de la cultura extranjera por parte del pueblo colonizado, y cómo ella, en definitiva, será el instrumento que va permitiendo la liberación.

Salazar Bondy no deja de reconocer la gran familia intelectual a la cual pertenece, las figuras que amparan este libro y que integran el derrotero más secreto y auténtico de las letras peruanas. Es Manuel González Prada, el primero, pero es también José María Eguren, el sutilísimo poeta de las nieblas, y el macizo José Carlos Mariátegui, con cuya reveladora toma de posición, que hace suya y exagera, concluye su libro Sebastián: «*Contra lo que baratadamente pueda sospecharse, mi voluntad es afirmativa, mi temperamento es de constructor y nada más me es antitético que el bohemio iconoclasta y disolvente, pero mi misión ante el pasado parece ser la de votar en contra.»*

Entiendo demasiado bien el frenesí, e incluso la injusticia de este libro, donde muchas veces hay infravaloraciones de la realidad peruana. Y me consta el amor rencoroso de Sebastián por su ciudad, que me recuerda el de David Viñas por Buenos



Aires, el de Mario Benedetti por Montevideo. Pero ocurre que Sebastián nació en 1924, que tiene ahora cuarenta años, que ha trabajado sin pausa y en el desamparo del subdesarrollo ominoso de su tierra, por la causa de una cultura y de una sociedad nuevas, y que ya desespera. Los hombres no hemos sido hechos para la sola crítica, sino, como Mariátegui decía de sí, para construir y para crear, y es en tal empresa donde nos realizamos cabalmente. A algunos en América nos ha tocado el papel de testigos imponentes, de acusadores, y porque ésa era la circunstancia obligada de nuestro tiempo, la hemos asumido con toda la entereza y honradez de que hemos sido capaces. Obsesivamente recuerdo el poema de Brecht a los hombres que vendrán, el reconocimiento de cómo el tiempo que nos tocó vivir enronquece nuestra voz, nos distorsiona, el pedido de perdón al futuro que en él va implícito. Este libro ácido es de los mejores testigos de nuestro tiempo sudamericano, y en él la circunstancia adversa se ha articulado en un producto que no es sociología, ni literatura, ni economía, ni historia, aunque participa de todo. En él Sebastián Salazar Bondy denuncia la alienación en que vive y ha vivido muchos años, el peruano, y lo hace con voz enronquecida.

«La revolución, al fin» dijo Eliseo Reclus cuando a su lecho de muerte vinieron a traerle la noticia de la insurrección rusa de 1905. Sin perder la esperanza había vivido. Y a mí me importa, de este libro, lo que tiene de esperanza, porque sé, como dice la voz popular, que «el que espera desespera», y en esta desesperación de Sebastián yo leo más esperanza —y más amor a Lima— de la que él mismo confesaría. Creo que libros como éstos no nacen porque sí, que están imbricados en la historia, que se diría que ella los reclama cuando llega el justo tiempo, a un justo escritor. Y por lo tanto son libros testigos de cosas que están pasando. Casi al mismo tiempo un crítico tan perspicaz como José Miguel Oviedo intenta la revisión sistemática, la crítica del intocable Palma. Casi al mismo tiempo los indios comienzan a reocupar las tierras que les habían sido arrebatadas. Casi al mismo tiempo Javier Heraud, la más brillante promesa de la poesía peruana, es muerto a tiros en la guerrilla. Casi al mismo tiempo Vargas Llosa irrumpe con su ardiente novela *La ciudad y los perros*.

Perú ilustra, como ningún otro país americano, el caso del sometimiento de una nación indígena por una minoría blanca que funciona casi como extranjera. Este libro conduce a elucidar con nitidez el problema, a enjuiciar, con el exceso injusto de las actitudes beligerantes, estos 427 años de dominación de los blancos extranjeros, y es por eso una toma de conciencia nacional que va más allá de la planteada por Manuel González Prada, y muestra el conflicto en su estado de agudización violenta. Un libro de éstos —dice la esperanza— es el anuncio de las nuevas cosas que pasan, que se avecinan. Las verás, las veremos nosotros mismos, Sebastián.

ANGEL RAMA
